

Un formidable éxito
está obteniendo el

NÚMERO ALMANAQUE

DE

La Novela Semanal Cinematográfica

con el que se regala un lujoso

ALBUM

para coleccionar las
postales del año 1926

Numerosos argumentos : Información cinematográfica
32 páginas de retratos de Ases de la pantalla

¡ SI LO VE, LO COMPRARÁ !

J. Horta, impresor. - Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 254

25 cts.



MANON
LESCAUT

FOR
Lya de Putti

FilmoTeca
de Catalunya



LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción } Vía Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A

Año V BARCELONA N.º 254

MANON LESCAUT

Adaptación cinematográfica
de la popular novela del Abate Prevost,
interpretada por

LYA DE PUTTI

Producción U. F. A.

Plaza de Cataluña, 9
BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
CREIGHTON HALE

MANON LESCAUT

Argumento de la película

Por la larga carretera que unía el pueblo de Arras con el de Amiens, avanzaba hacia este último, envuelta en una ola de polvo, la vieja diligencia que hacía a diario el recorrido entre estos dos puntos.

En el interior del coche sufrían las molestias propias del traqueteo del vehículo tres mujeres y un hombre de edad avanzada, aunque en realidad tal vez el exceso de trabajo le hacía aparecer más viejo de lo que era.

De las tres mujeres, dos de ellas se habían alejado ya bastante de esta edad que suele llamarse segunda juventud y solamente una de ellas representaba, en las frescas rosas de sus mejillas, el haber cumplido, hacía muy poco,

las diez y seis primaveras. Su nombre era Manon Lescaut y poseía todos los dones que la Naturaleza puede otorgar a una mujer, para que pierda el sentido el hombre más sensato de la tierra. Sus padres la enviaban a Amiens para hacerla ingresar en un convento y frenar su afición al placer, ya descubierta a pesar de sus pocos años.

Atraído el viajero por el encanto y dulzura que resplandecían en el rostro de su bella compañera, intentó entablar conversación con ella y le preguntó:

—¿Estas damas se dirigen seguramente a París?

Iba a contestar negativamente Manon, cuando un gesto de una de sus acompañantes le impuso silencio y dejó la pregunta sin respuesta alguna; pero el viajero, alucinado con la visión fantástica de la hermosa capital francesa, no hizo caso del silencio de la joven y continuó alabando los encantos de la bella ciudad.

—¡Ah! ¡París!... ¡qué maravilla!... ¡qué sociedad!...

De esta forma hubiera continuado hablando todo el camino si la tía de Manon, enojada por la charla de aquel hombre que hablaba hasta por los codos, no le hubiera interrumpido, diciendo:

—Os equivocáis, señor. No conducimos a

nuestra sobrina a la ciudad de perdición; vamos a Amiens... a un convento.

Comprendió el buen hombre que era inútil todo lo que hiciera para entablar conversación con las viajeras y se asomó a una de las ventanillas del carruaje, para distraerse contemplando el paisaje, hasta que llegase a Amiens.

En la posada de Amiens, esperaba la diligencia del día siguiente, en unión de su íntimo amigo Tiberge, el joven Caballero des Grieux. Había terminado ya sus estudios de filosofía en aquella población, donde había sido enviado por sus padres, pertenecientes a una de las más ricas familias de Francia. Durante todo el tiempo que duraron sus estudios había observado una conducta tan comedida y arreglada que sus profesores llegaron a señalarle como modelo de colegiales, e incluso el señor Obispo le autorizó a usar la insignia de la Orden de Malta con el nombre de Caballero des Grieux.

En el rostro de los dos amigos se adivinaba fácilmente el inmenso pesar que les producía su próxima separación y Tiberge, deseando conocer los planes del que había sido tan buen compañero, le preguntó:

—¿Es cierto que os proponéis ingresar en la Orden de Malta?

—Así es, en efecto, mi querido amigo. Las vanidades del mundo y los placeres no me

atraen y únicamente en la paz silenciosa de un convento creo encontraré la felicidad de mi alma.

En aquel momento, la llegada de la diligencia de Arras atrajo la atención de los demás huéspedes y uno de ellos, el viejo y satírico conde de Bley, Administrador General del Reino, gran terrateniente y mayor déspota, llamó al posadero y le gritó indignado:

—¡Desembarazadme de esos villanos!

—Señor — repuso aquél humildemente— Han pagado y no puedo echarlos.

—Si han pagado... no importa. Me molestan y basta.

Pero la entrada de los nuevos huéspedes dejó sin efecto la orden del conde de Bley y al distinguirlo el viajero de la diligencia se acercó a Manon, en quien había adivinado muy pocos deseos de ingresar en el convento, y le dijo en voz baja:

—Aquí tenéis a uno de los poderosos del día; su fortuna y su influencia son grandes y podría ayudaros.

Sin esperar la contestación de la joven, se dirigió a la mesa que ocupaba el Conde y, después de hacerle una profunda reverencia, le dijo:

—Excelencia, en este preciso momento le de-

cía a esta joven que podíais ayudarla, para impedir que la encerrasen en un convento.

—¡En un convento! — exclamó el Conde—. Con esos encantadores ojos... con esa linda figura... ¡Qué disparate!... ¡Eso es imposible!...

Ocupada en recoger el equipaje, la tía de Manon no se había dado cuenta de quien acompañaba a su sobrina; pero al verla en compañía de dos hombres corrió hacia ella con el propósito de separarla.

Manon, conociendo el carácter de su tía, se acercó al conde y le suplicó:

—En seguida vuestro nombre... pronto...

Y cuando llegó aquélla pudo presentárselo diciendo:

—Os presento al conde de Bley, Administrador General de Nuestra Majestad.

Era mucha la influencia del viejo Conde para que la tía pudiera oponerse a los deseos del aristócrata y, antes que incurrir en su enojo, prefirió dejar a su sobrina en compañía del poderoso señor, que dijo a Manon, tan pronto como quedaron solos:

—¿Os han dicho ya que sois hermosa... muy hermosa? Cualquiera que sea vuestra condición... perdonadme... y sabed la impresión profunda que acabáis de causar en mi corazón... Si es cierto que deseáis probar los placeres que, sin duda alguna, la vida tiene reservada a vuestra

extraordinaria belleza, en la obscuridad de esta noche os esperaré... Una silla de posta nos conducirá a París... ¿Queréis?

El nombre mágico de París era demasiado tentador para el carácter frívolo de Manon, y sin detenerse en pensar la respuesta contestó aceptando la proposición del Conde.

En el otro extremo de la sala conversaba Tiberge con el Caballero des Grieux, quien desde la entrada de Manon no apartaba la vista de la gentil figura de la joven. Parecióle, desde el primer momento, tan encantadora, que él, que jamás se había detenido a pensar en la diferencia de sexo y cuya prudencia y comedimiento admiraban todos, de pronto se sintió inflamado por un dulce sentimiento, hasta creerse transportado en brazos del amor.

El, excesivamente tímido y fácil de desconcertar, lejos de sentirse entonces dominado por esta debilidad, avanzó hacia el ídolo de su corazón, en el momento que se dirigía hacia sus habitaciones.

Aunque de menos edad que él, recibió sus galanteos sin turbarse, con muestras de gran contento e incluso le ofreció hablar con él, aquella misma noche, a la puerta de la posada.

El amor dominaba ya de tal manera y en tan breve tiempo el corazón del joven caballero,

que no dudó en responder, cuando su amigo le reconvinó por su acción:

—¡Ah, Tiberge! Todas tus reconvenciones valen poco... porque a mi corazón llegan sentimientos nuevos y le inundan inquietudes y placeres que jamás sintió.

—¡Mi amigo del alma! ¿Es posible que un caballero como vos abandone su intención de ingresar en la Orden de Malta?

—Por ella soy capaz de todo... ¡La deseo!... ¡La quiero!...

Llegó la noche y Manon, burlando la vigilancia de su tía, acudió a la cita ofrecida al joven caballero, que de una manera tan viva había llegado también a interesar su corazón, y le confesó los propósitos de sus padres de dedicarla a la vida monástica.

La dulzura de sus miradas, el aire encantador de melancolía, en tanto pronunciaba aquellas palabras, o más bien la influencia del fatal destino que arrastraba a la perdición al joven enamorado, no le permitieron vacilar un momento acerca de su respuesta, y exclamó:

—Leo mi destino en vuestros ojos. También yo por orden de mis familiares soy seminarista en el Convento. Es la primera vez que he amado y os juro que yo os libraré.

—Si así lo hacéis, os deberé más que la vida. Os juro que desde que os ví sois el idolatrado

de mi corazón y que os seguiré a donde queráis.

Ante aquella confesión el corazón del joven se abrió a mil sentimientos placenteros, de los que jamás había tenido idea. Un calor dulce se esparció por todas sus venas. Se hallaba en una especie de transporte que por algunos segundos le impidió el uso de la palabra. Por fin pudo vencer su emoción y atrayendo hacia sí a la joven exclamó:

—¡Manon!... ¡Manon!... Iremos a París... y allí nos casaremos.

Palabras, promesas, juramentos de fidelidad eterna... Todo lo que pueden decir los labios de un enamorado y expresar sus ojos se lo dijeron los dos jóvenes en el corto espacio de tiempo que tardaron en preparar la fuga.

Después de algunas reflexiones, no encontraron más camino que el de la huida. Para ello era necesario burlar la vigilancia de las tías y la del viejo Conde que había ordenado preparar una silla de posta, para que condujese a Manon a París, donde él se le reuniría tan pronto como arreglase los asuntos que le habían llevado a Amiens.

Con esa audacia propia de los enamorados, pensaron que lo mejor sería utilizar la misma silla de posta, preparada por el Conde, y mediante unos cuantos doblones consiguieron sobornar al cochero, para que los condujese a París.

El ruido del carruaje atrajo a la ventana al conde de Bley, y mientras el Caballero des Grieux besaba con delirante pasión a su adorado ídolo, Manon agitaba su albo pañuelo, despidiéndose del Conde, a quien no pensaba volver a ver.

*
**

Una vez en París, alquilaron una habitación amueblada, que por desgracia estaba situada frente al palacio del viejo conde de Bley. Los proyectos matrimoniales fueron pronto olvidados. París y la felicidad hicieron transcurrir el tiempo sin que la menor nube turbase el encantador idilio. Sin embargo, las primeras ráfagas, que más tarde habrían de convertirse en verdadera tormenta, empezaron a agitar la tranquilidad de la dicha del Caballero des Grieux. Llevaban tres semanas en París y los fondos de los jóvenes, escasos ya desde un principio, faltaron por completo y los acreedores no se avenían a esperar por más tiempo el pago de sus deudas.

Manon tenía en París un hermanastro que era guardia de corps. Vivía en la misma calle que ella y pronto reconoció a la joven. Hombre sin honor y sin noción de lo que era dignidad,

no tardó en tomar la casa de su hermanastro como si él fuera el único dueño.

El conde de Bley había vuelto también a París y, desde su casa, había visto varias veces a la linda pasajera de la posada de Amiens y a su hermanastro. El deseo de hacer suya a la joven se había aferrado a él con más vehemencia aún que el día que la vio por primera vez, y para llevar a cabo el plan que había concebido mandó llamar al guardián Lescaut y le dijo:

—Os veo entrar y salir a esa casa con demasiada frecuencia. ¿Sois, verdaderamente, el hermanastro de esa joven que se llama Manon?

—En efecto, señor — contestó Lescaut.

—Me han informado que sois hábil en todo y fácil gastador... Si queréis servirme haréis fortuna.

—Estoy a las órdenes de Vuestra Merced.

—Entonces, arreglaos para entretener a ese inocente enamorado menos de una hora y no os pesará.

No necesitó agudizar mucho el ingenio el astuto hermanastro, puesto que el Caballero des Grieux había salido en su busca, en vista de que los acreedores apremiaban, para preguntarle:

—¿Qué préstamo harían sobre este antiguo

anillo? — y le mostró una rica sortija que aprisionaba uno de sus dedos.

— ¡Empeñarla! — exclamó, fingiendo asombro, Lescaut—. ¡Vaya con mi Caballero!... Cuando se tiene vuestra arrogante figura y maneras de gran señor, hay otros medios de arreglárselas. Existe, por ejemplo, el juego. Vos no sois torpe, y con unas cuantas lecciones que yo os dé estaréis en condiciones de remediar muy favorablemente vuestra situación.

¡Qué no hubiera hecho el enamorado joven para evitar a su amada el menor disgusto? Así es, que aun cuando la proposición de Lescaut le inspirara repugnancia, la aceptó como buena; y tal empeño puso en aprender las fullerías del juego que Lescaut no tardó en decirle:

— Perfectamente; veo que sabéis emplear los medios de un hombre hábil, para corregir la fortuna... Yo os ayudaré.

Mientras tanto los acreedores habían acudido a casa de Manon, y en vista de que sus cuentas no eran satisfechas pretendían llevarse los vestidos y joyas de la joven; y Manon, arrojada sobre el lecho, lloraba desconsoladamente la pérdida de todos aquellos objetos tan queridos y tan indispensables para satisfacer su desmedida frivolidad.

Susana, la dueña de la casa, vió en este momento la ocasión más oportuna, para ganar la

causa del conde de Bley, a quien le había prometido, por unos cuantos luises, proporcionarle una entrevista con Manon; y acercándose a ella trató de convencerla diciéndole:

— ¡Ah, Manon!, si tú quisieras, podrías obtener de este rico señor el dinero que te ayude a vivir cómodamente... con tu Caballero. Desengáñate, el dinero es la primera necesidad del amor. Tú no vivirás sin él.

Manon oía, sin protestar, las insinuantes palabras de la dueña; y ésta, basándose en el popular refrán de que "el que calla otorga", salió a avisar al conde de Bley.

*
**

El conde de Bley no se hizo esperar y momentos después se presentaba ante Manon ofreciéndole todo aquello que podía halagar la vanidad de una mujer excesivamente frívola.

A pesar de todo, la joven trataba de oponerse. Su amor por el Caballero des Grieux libraba una ruda batalla con el deseo de poseer todo aquello que le ofrecía el Conde, quien para convencerla del todo exclamó:

— Estáis arruinando al Caballero... Si su austero padre conociese su conducta, sería capaz

de hacerle encarcelar y terminará por abandonaros.

—¡Nunca mi enamorado Caballero me abandonará! — gritó la joven, defendiendo su amor; pero el Conde, sin hacer caso de esta contestación, continuó diciendo:

—Todo está previsto; sólo debéis firmar este documento — y le mostró una carta que decía:

Vuestro hijo el Caballero des Grioux, a quien buscáis, se encontrará hoy en mi casa.

Rechazó Manon, indignada, aquel documento, pero ante los gritos que daban los acreedores, que de nuevo volvían, firmó la carta que le presentaba el Conde.

Cuando aquéllos vieron al conde de Bley en el aposento de Manon, creyeron que la joven había cambiado de amante, y todos sus gritos y amenazas anteriores se convirtieron en humildes súplicas ante el poderoso señor:

—Excelencia, no venimos a reclamar nada... nada absolutamente — exclamaron a una.

Lo primero que hizo el Conde, cuando Manon hubo firmado la carta, fué enviarla inmediatamente a su destino; así es que cuando el Caballero des Grioux volvió a su casa, se vió sorprendido por la presencia de dos criados de su padre que le dijeron:

—Señor, el Mariscal de Francia, vuestro padre, os espera en un coche a la puerta.

—Volveré en seguida, mi encantadora Manon — exclamó el joven enamorado sin poder imaginar la traición de su amada, que al verlo marchar fué cuando comprendió todo el inmen-



Rechazó Manon, indignada, aquel documento.

so amor que sentía por su enamorado Caballero.

Una vez al lado de su padre, el Caballero des Grioux, llevado por su pasión, le dijo:

—Padre mío; consentid que os presente la criatura más noble, más encantadora y más fiel que existe.

—Esa mujer se burla de ti: yo te lo digo, hijo mío — contestó el padre mostrando la carta que acababa de recibir.

Su lectura fué para el joven un golpe tan tremendo, que sin oponer resistencia se dejó conducir a casa de sus padres.

*
**

Transcurrido algún tiempo, el hábito eclesiástico substituyó a la cruz de Malta, y el nombre de abate des Grioux al de caballero. El desilusionado enamorado se creía ya completamente curado de su antigua pasión y se entregaba al estudio con verdadero frenesí. Hacía ya un año que no había vuelto a ver a Manon ni a informarse de sus asuntos. Al principio le había costado grandes esfuerzos esta violencia: empero, los consejos incesantes de su amigo Tiberge y sus propias reflexiones le habían hecho salir victorioso.

Pero una noche, la víspera del día que debía ordenarse, Manon, en un palco del teatro, escuchaba molesta las promesas de amor que le hacía el hijo del conde de Bley, cuando preguntó, fijándose en un palco que había vacío:

—¿De quién es aquel palco?

—Es de los des Grioux — repuso el joven—. Está vacío, porque mañana se ordena en San Sulpicio el joven Caballero.

Aquella noticia fué para ella la pérdida del resto de todas sus ilusiones de volver a encontrar a su amado y, presa por esta triste idea, no prestó atención al resto de la función, ni más tarde, cuando volvió a su casa, quiso permanecer en la fiesta que había organizado el conde de Bley, que al verla exclamó, riendo:

—Manon, tu caballero ya no será, desde mañana, tu enamorado des Grioux.

Durante toda la noche no pudo Manon reconciliar el sueño, y al amanecer, sin más idea que la de recuperar a su amado, corrió a San Sulpicio.

Poco después de su llegada, apareció el Caballero des Grioux, que había sido avisado que una dama deseaba hablar con él.

Al verlo, ella cayó a sus pies suplicando:

—¡Perdón!... ¡Perdonadme!...

El permaneció de pie, con el cuerpo vuelto a medias, no atreviéndose a mirarla a la cara.

Repetidas veces intentó hablar sin conseguirlo, hasta que al fin hizo un esfuerzo para exclamar dolorosamente:

—¡Pérfida Manon!... ¡Ah, pérfida!...

—Moriré, si no me pertenece vuestro cora-

zón. Sin vuestro amor la vida es imposible — respondió ella.

—Nunca esperaba la negra traición con la que habéis pagado mi amor. Os fué fácil engañar un corazón del que fuisteis soberana.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, cuando ella se levantó para abrazarle. Le abrumó con mil caricias apasionadas. Le llamó por todos los nombres que el amor inventa para expresar sus vivos arrebatos y le propuso la fuga de San Sulpicio. En cuanto a él, sentíase en aquel momento capaz de sacrificar a Manon todos los obispados del orbe cristiano; y guiado por ella entró en el mismo coche en que había venido la joven.

Para dar mayor fe a sus palabras de arrepentimiento, Manon resolvió no guardar nada que perteneciera al conde de Bley y para devolvérselo, cuando llegaron a la población le dijo a su amado:

—Espérame en el café Sylvain. Seré tuya para siempre. Te lo juro.

Al entrar Manon en casa de su viejo protector, no quiso pasar por el salón de fiestas, donde todavía estaban reunidos varias amigas del Conde y los invitados de la noche anterior, entre los que se encontraban Lescaut, que no dejaba escapar ocasión de aprovecharse de la amistad del aristócrata y del parentesco de su amiga.

Procurando no ser vista, entró en su habitación, pero al poco tiempo se presentó el conde de Bley para preguntarle:

—¿De dónde venís?

—De ver a mi caballero — repuso la joven—. Tomad todo lo vuestro. No quiero deberos nada. ¡Os desprecio! Deseo vivir sólo para él, a quien amo y que me espera en el café Sylvain

—Pero, ¿estáis loca, Manon?

—Loca lo estaría si no me fuera con él.

—¿Creéis que os dejaré marchar?

—¡Probadlo! — gritó ella, corriendo hacia la puerta; pero antes que pudiera llegar a ella, el Conde la había cerrado y se guardaba la llave, entre las risas de todos los invitados, que habían acudido a los gritos de la joven.

*

**

Una vez que el Conde dejó encerrada a Manon, llamó a Michelina, su antigua amante, y le ordenó:

—Tomad esta carta y la entregáis al Caballero des Grieux, que espera en el café Sylvain.

Momentos después, mientras el enamorado joven esperaba, con alguna impaciencia, el regreso

de su amada, se le acercó una dama y le preguntó:

—¿Sois des Grieux?

—Ese es mi nombre — repuso él.

—Vengo de casa del conde de Bley y me han dado el encargo de entregaros esta carta.

Algo intranquilo, tomó la misiva que le ofrecía y leyó:

Mi querido Caballero:

Manon ganó su apuesta. Auguró que una mirada de sus bellos ojos bastaría para arrastraros de nuevo al mundo de sus pecados. Para que os consoléis os envía a la gentil Michelina.

El Conde Bley

Una bala que hubiese atravesado el corazón del joven no le hubiera hecho tanto daño como la lectura de aquella carta. Todo cuanto le rodeaba se esfumaba ante su vista, por la espesa nube que rápidamente iba cubriendo sus ojos.

Cuando volvió en sí, se encontró tendido sobre una cama y a su lado, prodigándole las más tiernas caricias, se hallaba Manon.

Esta había podido librarse de su encierro gracias a la destreza de su hermanastro y al amor que por ella sentía el hijo del Conde, que al verla encerrada le dijo a Lescaut:

—Dos luises de oro para vos, si robáis a mi padre la llave que tiene en su bolsillo.

Con extraordinaria habilidad Lescaut sustrajo la llave de la habitación; y al ver la joven que abrían la puerta, se precipitó sobre ella y corrió en busca de su caballero.

Volvieron de nuevo los dos amantes a habitar la casa de Susana, pero los menguados recursos del Caballero duraron poco; y Lescaut, cínico, brutal y sin principios del honor, conociendo el carácter débil del Caballero des Grieux le incitó nuevamente al juego y lo condujo a una casa donde acostumbraba a ir el viejo conde de Bley.

Una tarde, mientras éste se entretenía solo con la baraja, se le acercó el Caballero des Grieux y le dijo:

—¿Aceptáis una partida, Excelencia?

—Con mucho gusto — repuso el Conde.

Al poco rato había éste perdido todo cuanto llevaba y exclamó:

—No puedo continuar. Me habéis ganado cuanto llevaba.

—No importa; un pequeño recibo me basta.

Continuaron jugando, y la suerte pareció continuar favoreciendo al Caballero, hasta que por fin el Conde dió por terminada la partida, diciendo:

—Decididamente, hacéis mentir el proverbio, Caballero... "Afortunado en el juego..."

— Señor conde — dijo el joven, a la vez que se marchaba —, me debéis 400 luises oro.

Pero poco después, cuando el conde Bley iba a marcharse, vió en el suelo un naipe y exclamó:

— ¡Diablo! ¡Un segundo as de corazón!

.....

Manon, acostumbrada a los placeres y a la abundancia, no podía soportar la pobreza en que vivía; y mientras aquel día el Caballero des Grieux buscaba el medio para satisfacer los deseos de su amada, ella entró en un establecimiento de saldos para hacer algunas compras. La casualidad hizo que se encontrara en él al hijo del conde de Bley, que se acercó a ella diciéndola:

— Ved, todas estas prendas son muy bellas y, sin embargo, no son dignas para vos. ¿Me permitís que os regale algunas?

Y cuando Manon volvió a su casa se encontró a su amante que le preguntó, al verla tan ataviada:

— ¿De dónde has sacado el dinero para esos vestidos?

— ¡Pero si ha sido el hijo del conde de Bley quien me los ha comprado! La mayor parte de las fortunas son de los necios... ¿No crees natural aprovecharse?

— ¡Mujer frívola! — gritó él indignado —.

Mientras que por ti hacía trampas en el juego, te dejabas seducir por el lujo.

— Bien sabes que te adoro — contestó ella aca-



Manon, acostumbrada a los placeres y a la abundancia...

riándole —. Pero no podía soportar más esta pobreza. Quisiera ser tu esposa para probarte

que estoy dispuesta a seguirte hasta el fin del mundo.

—Tú lo serás, Manón — repuso él atrayéndola dulcemente.

*
**

Cuando llegó su hermanastro, Manón, loca de alegría, le dijo:

—Me caso, hermanastro. Acompañad a mi Caballero en busca de un cura.

—Con ese traje, no — protestó des Grieux.

Pero entonces intervino la dueña, diciendo:

—Conservo tus vestidos de antes; con ellos te casarás, Manón.

—Pero me hace falta una corona.

—Voy a buscarla — repuso su amante —. Pídemela, que ya es lo único que me queda por sacrificar. Mi corazón nunca ha cesado de ser tuyo.

Mientras que el Caballero des Grieux corría en busca de una corona, los esbirros del Conde amordazaron y condujeron a la infortunada Manon a la carroza donde estaba éste; y cuando volvió aquél, todavía el viejo de Bley le dijo burlescamente enseñándole los dos ases de corazón:

—Mis felicitaciones, y buena boda.

Una vez más se creyó engañado el joven ena-

morado, y con el corazón lleno de amargura volvió a casa de su padre, que al ver el estado de abatimiento de su hijo le dijo:



...sus manos delicadas y finas tuvieron que someterse al rudo trabajo de hiladora.

—Tus antepasados eran la gloria y el orgullo de Francia. Júrame delante de ellos que olvidarás a esa mujer.

—¡Lo juro, padre! — replicó el joven Caballero, sobreponiéndose a su inmenso dolor.

El conde de Bley, ante la oposición de Manón

la hizo encerrar en el correccional de San Lázaro, donde sus manos delicadas y finas tuvieron que someterse al rudo trabajo de hiladora.

Algunos días después se presentó en el correccional, acompañado de Lescaut y de la perversa Michelina, que le dijo irónicamente:

—¿Cómo vuestras delicadas manos pueden trabajar esta tela basta y ordinaria?

Pero el Conde, apartándola bruscamente, exclamó:

—Manón, el más grande de vuestros males es sin duda mi presencia, la cual ha sido inoportuna y contraria al logro de vuestros deseos. Vuestro Caballero, cual hijo pródigo, ha entrado en casa de su padre. Venid otra vez a mi lado, y todo será como antes.

Aun cuando el corazón de Lescaut no era fácil de conmover, la desgracia de su hermanastra llegó a interesarle tan a lo vivo que le dijo de forma que nadie más que ella pudiera oirlo:

—Finge un desvanecimiento y déjame hacer.

Y valiéndose de este engaño consiguió sacarla del correccional.

*
**

Llena de amor corrió Manón en busca de su adorado Caballero, a quien le contó toda su des-

gracia; pero éste, creyendo que intentaba engañarlo de nuevo, la rechazó, diciéndole:



Llena de amor, corrió Manon en busca de su adorado caballero.

—¡Que el cielo me castigue, si te creo otra vez! ¡Aléjate!... ¡Nada me importas ya!

Y la pobre Manón, desolada y triste, fué arrestada otra vez por los esbirros del Conde, que

nabía obtenido de la justicia la orden de deportación de la joven.

Al verla partir, el Caballero des Grieux se abrazó a su amigo y le suplicó:



Y la pobre Manon, desolada y triste, fué arrestada otra vez.

—¡Tiberge, yo no puedo olvidarla! Todo el mundo me traiciona y me miente. ¡Por amor de Dios! Júrame que ella ha dicho la verdad. ¿Ha estado en la prisión?

—Es verdad cuanto ha dicho, pero debes olvidarla — contestó.

—Arráncame el corazón, amigo del alma, pero no mi amor por ella — exclamó desesperado el infortunado joven.

Al día siguiente, y después de haber recorrido a cuantas influencias conocía, el Caballero des Grieux se presentó al funcionario encargado de las deportaciones, a quien le preguntó:

—Una muchacha llamada Manón, ha estado en la cárcel. Ayer se evadió y la arrestaron para su deportación. ¿Existe alguna ley que me prohíba seguir el convoy de esa desgraciada?

—La única ley que existe es que mi respeto hacia vuestro padre me obliga a arrestaros hasta mañana — repuso el interrogado.

Al verse preso, su dolor no tenía límite. Pensaba en el sufrimiento de su amada y esto, unido a la imposibilidad de ayudarla, hacía que su desgracia fuera mayor.

Como un loco golpeaba la puerta y paredes de su calabozo, llamando con gritos desconsoladores a Manon. Por fin comprendió que de aquella manera nada conseguiría y que si quería salir tendría que valerse de la astucia, ya que nadie se condolía de su desgracia.

Llamó al carcelero y le dijo :

—Quisiera escribir a mi padre.

Apenas entró el guardián con lo que le había pedido, cuando el joven se arrojó sobre él y huyó, como alma que lleva el diablo, hacia don-

de tenía que formarse el convoy de deportados.

La partida de un convoy de estos desgraciados era un espectáculo atrayente, aún para las más virtuosas damas de la Corte; y aquel día no faltó tampoco el conde de Bley, para saborear hasta el final su obra de venganza.

Las pobres deportadas, que en total eran doce, tenían que sufrir, avergonzadas, las irónicas frases y las risas burlonas de los aristócratas, mientras las mujeres y hombres del pueblo procuraban consolarlas cariñosamente, ofreciéndoles, a veces, lo que sus menguados recursos permitían.

Este espectáculo fué el que se ofreció a la vista del Caballero des Grieux quien, con el corazón lacerado por el dolor de su amada, exclamó, tendiendo hacia ella los brazos:

—¡Manon!... ¡Manon!

Quiso avanzar, pero los arqueros le interceptaron el paso, entre las protestas del populacho que gritaba indignado:

—¡Fuera!... ¡Verdugos!... ¡Abajo los aristócratas!...

A tal extremo llegó el tumulto, que los guardias se vieron precisados a intervenir con las armas; y Manon, víctima hasta el final de la desgracia, fué herida por uno de ellos.

A su grito de: "¡Me muero!" el joven Caballero sintió centuplicarse sus fuerzas, y de un brioso empuje se apoderó de su amada y huyó

con su preciosa carga a ponerse a los pies de su padre.

El Mariscal de Francia, al ver a los dos ena-



—¡Me muero!

morados comprendió que el amor de los dos jóvenes era tan grande, que nada ni nadie sería capaz de separarlos; y convencido de ello y conmovido por el triste estado de la joven, les otorgó su perdón. Pero desgraciadamente éste llegaba tarde. Manon sentía que sus fuerzas se acababan por minutos. Su vista se nublaba y la vida se le

iba por la herida recibida. En su delirio aun tuvo fuerzas para exclamar:

—¡Oh! ¡Las campanas! ¡Oigo las campanas!



—¡Oh! ¡Las campanas! ¡Dios me lleva!...

¡Dios me lleva! ¡Voy a morir feliz... dichosa... perdonada!

Un grito de dolor resonó en toda la casa y el Caballero des Grieux se arrojó sobre su amada, como si quisiera devolver con el calor de sus besos la preciosa vida de aquella mujer a quien amó tanto y por quien tanto sufrió.

FIN